

LA HISTORIA (ANTIGUA), LAS ISLAS MITICAS Y LAS CANARIAS

GONZALO CRUZ ANDREOTTI

RESUMEN

Sacar a la luz la geografía mítica greco-romana relacionada con las islas y sus identificaciones con las actuales Canarias a propósito de una publicación reciente.

ABSTRACT

To bring to light the Greek and Roman mythological geography related to the isles and their identification with the present day Canaries, related to a recent publication.

Estas breves líneas pretenden reflexionar en voz alta sobre el fenómeno demasiado frecuente de la vulgarización del discurso histórico en clave de creencia popular y nacionalista, y, al mismo tiempo, aclarar algunos elementos sobre un tema aún no suficientemente extendido en nuestra investigación sobre la Antigüedad, como es el de la geografía mítica (1).

En el mundo de la investigación del mito, y más en el de la Geografía mítica (2), es hoy en día difícilmente sostenible una lectura evemerística lineal, en la que la premisa sustancial sea que detrás de todo mito siempre hay escondida (y transmitida) algún tipo de noticia (geográfica o histórica) de base real, expresada en un código comunicativo diferente o irracional (3). No obstante, y muy a menudo en relación con

(1) Todo ello al calor de una excelente publicación que cuestiona aquellos orígenes históricos de las islas Canarias que han tomado como uno de sus fundamentos las complejas y siempre confusas historias míticas ubicadas en occidente. Se trata del trabajo del profesor de la Universidad de La Laguna, Marcos Martínez, titulado *Canarias en la Mitología. Historia mítica del Archipiélago*. Santa Cruz de Tenerife 1992. Un estudio que, desde nuestro punto de vista, lo único que puede tener de alta divulgación -tal como se define en la contraportada- es que suprime el aparato crítico a pie de página, aunque aporta una bibliografía final cuidadosamente seleccionada y actualizada.

(2) Que se podría definir como el espacio (real o imaginario) que acompaña, condiciona, recrea o caracteriza a la narración mítica.

(3) Para un análisis sensiblemente diferente sobre la Geografía del mito pueden verse las siguientes obras sustanciales: BALLABRIGA, A., *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*. Paris 1986, BERNAND, A.,

una concepción fácil de lo popular y de las raíces, parece que se sigue insistiendo desde determinadas instituciones y foros en la vieja costumbre de leer bajo esta clave a diversos mitos supuestamente relacionados con el lugar, y encontrar así los orígenes y las señas de identidad en las culturas clásicas. Este es el caso de tanto de Canarias como de otros sitios (4). Estas asociaciones popularmente aceptadas entre lo clásico y las Canarias no pasan, como es evidente, por defender una presencia efectiva de gentes de origen greco-romano, lo que arqueológicamente está por demostrar, sino por la más que sinuosa consideración de que detrás de un conjunto de referencias míticas a islas occidentales y paradisíacas hallamos un conocimiento antiguo y más o menos exacto del actual Archipiélago. De esta vaga percepción al apoyo de planteamientos sobre una antigua integración en la esfera cultural e histórica clásicas (española y europea) con éste u otros argumentos hay un paso muy pequeño.

Quizás es hora de dejar en este sentido algunas cosas en su sitio, y este trabajo así lo hace. Tomando como ejemplo al caso canario, pero extensible a otros sitios, queda claro que, se conozca o no el Archipiélago, las narraciones míticas ubicadas en el occidente oceánico no lo tienen como punto de referencia para construir su entorno geográfico, entre otras razones porque se elaboran a partir de imágenes estereotipadas creadas en otra cultura, y con una finalidad (ver *infra*) que no es precisamente la de dar a conocer la situación o las características de dichas islas situadas allende del Océano. De esta manera, se enfatiza además que la valoración histórica de un pueblo o una comunidad no debe pasar por la búsqueda obsesiva de asociaciones con culturas ajenas a partir de argumentos difícilmente demostrables, en lo que de fondo puede interpretarse como una infravaloración de lo propio. Y todo eso se consigue si antepone el rigor en el tratamiento de las fuentes y de los temas (como el autor así lo hace) al impulso exaltativo de la patria chica, deslavazando con claridad -pero

La carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque. Paris 1985, FABRE, P., *Les grecs et la connaissance de l'Occident.* Lille 1981, JACOB, Ch., LESTRIGANT, F., (Eds.), *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde.* Paris 1981, JOURDAIN-ANNEQUIN, C., *Héraclès en Occident. Mythe et Histoire.* Diss. Micr., Lille 1987. (= *Héraclès aux portes du Soir. Mythe et Histoire.* Paris-Besançon 1989), MATHIEW, H., «Mythe et réalité dans la représentation grecque de l'espace géographique», F. Jouan, B. Deforge, (Eds.), *Peuples et Pays Mythiques.* Paris 1988, 138-148, PLACIDO, D., «Los viajes griegos al extremo occidente: del mito a la historia», J. F. Rodríguez Neila, (Coord.), *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía. Córdoba 1988.* I, Córdoba 1993, 173-180, PLACIDO, D., «Realidades arcaicas de los viajes míticos en Occidente», *Gerión* 7, 1989, 41-51, RAMIN, J., *Mythologie et Géographie.* Paris 1979, ROMM, J.S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought. Geography, Exploration and Fiction.* Princeton, New Jersey 1992 o VIDAL-NAQUET, P., *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro.* Barcelona 1983, (original 1981). (4) Véase, sino, el impacto que aún posee en Andalucía el período tartésico y los mitos que, como el de Heracles, están con él relacionados, y que generan aún una literatura divulgativa de escasa fundamentación científica (cf. por ejemplo recientemente ALONSO GONZALEZ, J.C., *Tartessos, ocaso de un día y una noche.* Madrid 1980 o LOPEZ SERRANO, C., *Yo descifré el misterio de Tartessos y su lenguaje ibérico-fenicio.* Ciudad Real 1983).

también con la minuciosidad que exige un tema complejo- las verdaderas razones de la colocación occidental (y de las posteriores identificaciones con el Archipiélago canario u otros sitios) de una geografía mítica greco-latina que nos habla de las islas de los Bienaventurados, los Campos Elíseos, el Jardín de las Hespérides, los trabajos de Heracles, el paraíso Cristiano, la isla de San Borondón o la de la Atlántida. Todos estas imágenes y localizaciones míticas están muy conectadas entre sí, aunque poseen sus desarrollos propios, y se explican en última instancia por la costumbre de colocar fuera del mundo conocido (cuyo límite está marcado por las Columnas de Heracles) todo un conjunto de hechos divinos o heroicos, de relaciones entre dioses y hombres o de utopías igualitarias, difícilmente explicables en el marco de una geografía cotidiana. Tendencia que, en el ámbito literario, se incrementa a partir del siglo IV con la búsqueda de relatos escapistas y fantásticos que liberen de la sensación de crisis en la que se encuentra la polis.

A nuestro parecer, y al de este acercamiento a la geografía mítica occidental, hay tres cuestiones fundamentales para entender las tradiciones míticas y, a la vez, negar lecturas evemeristas. La primera, y aún hay que insistir en ello, es que un análisis histórico del mito no es identificable con que el mito esconde, en esencia, historia. El mito, y su transmisión literaria, no constituyen otra forma de contar la historia. En segundo lugar, la geografía mítica, aún pudiendo admitir que en algunos casos pueda hacer una referencia aislada a un paisaje o lugar real, posee su propia lógica geográfica, en razón de que constituye un conjunto de imágenes enmarcadas en una narración con muchos más componentes que no se explican por separado sino en conjunto, hasta el punto de distorsionar aquélla hipotética mención a una realidad. Además, el mito no cobra existencia tanto de manera atemporal como en el contexto de un género literario que responde a las necesidades sociales e ideológicas de la cultura que lo crea y transmite a través del tiempo. Las narraciones míticas comúnmente ubicadas desde la Antigüedad en el océano, parten de un concepto geográfico de occidente claramente estereotipado, generado antes de que incluso su conocimiento sea constatable e incluso cotidiano a través de los viajes exploratorios o comerciales. Pero, incluso así, se da la paradoja que los viejos clichés se mezclan con las informaciones nuevas que, de manera aislada, le llegan a los comentaristas de los viejos mitos. Y ello no significa otra cosa que, en el marco de un mito que se reelabora literariamente, lo de menos es la ampliación de los conocimientos sobre los límites geográficos. Reconstruir topográficamente una zona a partir de la geografía mítica es metodológicamente inadecuado en relación al entorno en la que aparece la mención. Por ello, y en tercer lugar, y asumiendo tales puntos de vista parece absurdo el aislar los textos, descontextualizándolos, o forzar las traducciones, a no ser que se quiera *a priori* demostrar lecturas evemeristas.

Entrando en el campo de la Geografía mítica, el complejo mundo de la percepción greco-romana del occidente más allá de las Columnas de Heracles está presidido por las imágenes isleñas, lo que viene a explicar -como bien refleja la obra citada en la nota 1- en buena medida las identificaciones con el archipiélago canario. Tales representaciones asociadas con el oeste mítico son antiguas y se continúan incluso cuando la navegación traspasa las Columnas tanto siguiendo la costa europea como la africana. Persisten (mayormente en el terreno de determinada literatura paradoxográfica, aunque también histórico-geográfica (5)) viejas ideas -aunque con finalidades distintas- que consideran el lugar donde muere cotidianamente el sol como aquel en el que se funde lo divino y lo humano, hogar de dioses, almas piadosas, héroes o monstruos preolímpicos, espacio desordenado y desigual, de contrastes y por ello, oscuro o perennemente primaveral. En este sentido, al ser frontera oceánica entre lo conocido y lo desconocido, entre el orden délfico y el caos de los Titanes, es muy habitual que los distintos espacios en los que se ubican las narraciones adquieran la forma de isla (6). Ésta, por su consustancial aislamiento, puede servir de soporte ideal para concentrar y diferenciar cada personaje, cada fenómeno o cada suceso, en un esfuerzo de ordenar el espacio oceánico liminar e indiferenciado, de la misma manera que lo está el espacio ordenado por Zeus (7). Así nos encontramos, por ejemplo, en mitad del Océano, a los Campos Elíseos, las islas de los Bienaventurados o las Afortunadas, en las que se terminan mezclando diversos temas (e incluso confundiendo unas con otras): el de la Edad de Oro o época en la que dioses y hombres vivían en común; el de determinados héroes que viven después de la muerte en un ambiente paradisíaco y, por extensión el de hombres que, siendo justos en vida, alcanzan el mismo privilegio. Y, obviamente, con una geografía común aunque diferente a lo conocido: estar aislados para poseer unas condiciones únicas de benevolencia climática y riqueza natural. Ello se transmite al imaginario cristiano medieval, con influencias célticas y dentro de la corriente (minoritaria) que coloca el Paraíso en el occidente, con el viaje de San Brandán -monje irlandés del siglo VI- en la búsqueda del jardín cristiano pasando por un conjunto de islas del océano, y que es claramente equiparable con los viajes iniciáticos de los héroes clásicos. Finalmente, otro tipo de isla -aunque sin los componentes escatológicos de las an-

(5) Y ésta última inicia la costumbre de identificar antiguos lugares míticos con ciudades o pueblos reales, sobre todo a partir de la acción de un héroe que, venciendo sus originarias dificultades y peligros, los convierte en espacios humanizados. Así se enlaza el presente con un pasado heroico.

(6) Ver, para ello, los trabajos de GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* LXXI, 1981, 50-62, «L'insularità nella riflessione antica», F. Prontera, (Ed.), *Geografia Storica della Grecia Antica*. Roma-Bari 1991, 106-109, y PRONTERA, F., «Géographie et mythes dans l'isolario des Grecs», en M. Pelletier, (Ed.), *Géographie du Monde au Moyen Age et à la Renaissance*. Paris 1989, 169-179 en los que se analiza la evolución del papel de la isla en la geografía griega (donde, todo hay que decirlo, no siempre es descrita desde esta perspectiva escapista y paradisíaca). Islas reales se conocen, pero distinto es la isla en el ámbito de la narración mítica.

(7) La morada olímpica, no lo olvidemos, es también un espacio que pretende remarcar su inaccesibilidad y aislamiento, a la vez que dotarla de un marco diferenciado, en forma de montaña.

teriores- son aquellas donde están el Jardín de las Hespérides occidentales (en las que se desarrolla el undécimo trabajo de Heracles, aquel que roba las manzanas de la soberanía, símbolo de la hegemonía de Zeus sobre los restantes dioses) o el relato de la Atlántida platónica (que utiliza el filósofo como imagen utópica en relación al presente que pretende transformar) (8). Dejando a un lado a ésta última, se observa que si algo poseen en común este conjunto de relatos es que allí puede confundirse el orden natural y humano: coexisten dioses, hombres y héroes; acceden únicamente los dotados de virtudes físicas o morales sobresalientes; el ambiente natural es ilusorio y estático, no sometido a las inclemencias ni a los cambios conocidos por los hombres. En ningún momento, por tratarse de relatos míticos que pretenden explicar desde una supuesta inmortalidad hasta la búsqueda del paraíso pasando por el esfuerzo heroico de Heracles, resiste su geografía una comparación con lo real más allá de la pura coincidencia (9). Por ello, cualquier interpretación actual en términos de lo que refleja o deja de reflejar, explícita o implícitamente, de manera vaga o exhaustiva, sobre la topografía o el paisaje de las Canarias actuales (o de cualquier otro lugar occidental difuso (10) es falsa por incorrecta: imágenes infernales asimilables con el valle del Teide, o frondosas o paradisíacas identificables con la Orotava, son tan genéricas y comunes que pueden ser aplicables a éstas o a cualquier paisaje isleño. Pero, sobre todo, ni estaban en la mente de los que explicitan literariamente las narraciones, ni precisaban un referente real para imaginárselas.

En todos los casos mencionados, podemos concluir -como así lo hace el autor- que la correcta contextualización mítica en su evolución literaria nos demuestra que la mitología del occidente crea su propio lenguaje geográfico, y que éste se mantiene a través del tiempo, más o menos enriquecido literariamente. Una constante que se repite es la de las islas dotadas de un paisaje sobrenatural. La sensación de aislamiento que transmiten las convierten en un instrumento fundamental para hacer comprensible cómo dentro del caos indeterminado que es el mar océano, podemos ordenar un conjunto de fenómenos divinos o heroicos solo cognoscibles para hombres especialmente dotados.

(8) No debemos olvidar -como tampoco lo hace el autor- citar al conjunto de islas utópicas que empiezan a aparecer en el siglo IV a. C., dentro del contexto de la literatura escapista que se refugia -con la crisis de la polis- en sociedades ideales e igualitarias. Pero este último aspecto es lo que las diferencia (no así sus clichés geográficos) de las anteriores. Además, aparte de ser elaboraciones más intelectuales que míticas, no se las ha asociado a posteriori con el Archipiélago, por lo que no son consideradas por el estudio.

(9) Únicamente una referencia (Plinio, *NH*, VI, 199-205), y de época imperial -¡tras varios siglos de navegación!-, hace mención explícita a las actuales Canarias.

(10) Véase por ejemplo nuestro *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del Occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*. Diss. Micr., Málaga 1991.